

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

TERCER PREMIO:

Culpabilidad

Juan Turiel Miranda

Los cables oxidados rasgaban el silencio de la noche. El ascensor cobijaba a sus dos pasajeros, presos de un juego de miradas indescifrables. El joven que se clavaba las uñas en la palma de la mano miraba fijamente al suelo mientras que la anciana que llevaba la bolsa de la compra miraba al joven reflejado en el espejo de la pared. El joven murmuraba palabras incomprensibles para la anciana vecina que no alcanzaba a comprenderlas:

–¿Estás bien, muchacho?

El joven siguió con sus letanías:

–Me gustan los faros en medio del océano. Me gustan los laberintos subterráneos con salas de muchas puertas y trampas. Me gustan las cascadas escondidas en los bosques. Me gustan las montañas nevadas. Me gustan los espacios muy grandes y silenciosos. Me gusta el cielo. Me gustan las sonrisas y las miradas de la gente.

–¿Dices algo, hijo?

El muchacho no contestó y siguió salmodiando al ritmo del ascenso del ascensor.

–Me gustan las rocas del castillo de Peñíscola. Me gustan las luciérnagas. Me gustan las afueras de las ciudades con autopistas. Me gusta mirar por la ventana en el coche.

–Por cierto, ¿has visto lo del asesinato de esta muchacha ayer por la noche? Verdaderamente horrible, ¿no crees? –La anciana intentó sacarle una palabra–. Y además fue aquí al lado. Menos mal que tenemos patrullas de policía rondando por el barrio.

–Me gusta hacer música –dijo el joven ignorando a la anciana vecina–. Me gusta aprender cosas mirando a la gente. Me gusta el sentimiento de libertad. Me gustan las personas aleatorias. Me gustan los conciertos. Me gustan los edificios altos. Me gusta la borda de la montaña de Esparza.

–Además, es que mi hija la conocía, ¿sabes? Íntimas eran. De pequeñita mil veces vino a mi casa... claro que de eso ya hace unos años. –La anciana mujer continuó ajena a la retahíla del otro pasajero.

El joven se calló. Durante un momento. Luego tomó aire y volvió a empezar:

–Me gustan los faros en medio del océano. Me gustan los laberintos subterráneos con salas de muchas puertas y trampas. Me gustan las cascadas escondidas en los bosques.

El ascensor se detuvo con un golpe seco. Las puertas se abrieron lentamente y la señora abandonó la máquina con sus bolsas de la compra.

–Bueno, hijo, un placer, a ver si nos vemos –dijo aliviada de poder alejarse del vecino.

Desapareció en la penumbra del rellano. El joven la siguió ignorando:

–Me gustan las montañas nevadas. Me gustan los espacios muy grandes y silenciosos. Me gusta el cielo. Me gustan las sonrisas y las miradas de la gente. Me gustan las rocas del castillo de Peñíscola. Me gustan las luciérnagas. Me gustan las afueras de las ciudades con autopistas. Me gusta mirar por la ventana en el coche.

El ascensor reanudó su ascenso penosamente y el joven comenzó a alzar el tono de voz.

–Me gusta... me gusta hacer música. Me gusta aprender cosas mirando a la gente. Me gusta el sentimiento de libertad. Me gustan las personas aleatorias. Me gustan los conciertos. Me gustan los edificios altos. Me gusta la borda de la montaña de Esparza.

El ascensor se volvió a parar en el ático y el joven volvió a empezar su lista esta vez más alto:

–Me gustan los faros en medio del océano. Me gustan los laberintos subterráneos con salas de muchas puertas y trampas. Me gustan las cascadas escondidas en los bosques. Me gustan las montañas nevadas.

Abrió la puerta de su casa. Un olor rancio invadió su nariz y el monstruo de la angustia volvió a despertar dentro de él. Comenzó a gritar para acallararlo:

–¡Me gustan los espacios muy grandes y silenciosos! Me gusta el cielo. Me gustan las sonrisas y las miradas de la gente. Me gustan las rocas del castillo de Peñíscola. Me gustan las luciérnagas. Me gustan las afueras de las ciudades con autopistas. Me gusta mirar por la ventana en el coche. Me gusta hacer música.

Todo estaba tirado por el suelo. A lo lejos, se oía el traqueteo del ascensor bajando.

–¡Me gusta aprender cosas mirando a la gente! Me gusta el sentimiento de libertad. Me gustan las personas aleatorias. Me gustan los conciertos. Me gustan los edificios altos. Me gusta la borda de la montaña de Esparza.

Cuando entró en la habitación se quedó, súbitamente, callado. La última frase murió en su boca con un suspiro.

–Me gustan los faros en medio del océano...

La habitación estaba destrozada y olía a malos recuerdos. Se acercó a la cama y destapó la colcha de golpe con los ojos cerrados. Tras una eternidad, o quizá tras un segundo, los abrió.

Las sábanas seguían manchadas de sangre.